

TESTIMONIO PARA PRO ORANTIBUS 19 DE JUNIO 2011

Soy sor Matilde de Jesucristo, hermana Pobre de santa Clara y voy a daros la experiencia de cómo el Señor ha ido iluminando mi vida a través de su Palabra. He nacido en una familia cristiana y soy la 2ª de cuatro hermanos que junto a ellos he sido arraigada en Cristo, gracias a la fe transmitida por mis padres recuerdo con cariño cómo desde pequeña mis padres nos llevaban todos los domingos a misa, y por la noche una época rezábamos el Rosario y en otra época íbamos leyendo la Biblia desde el principio y lo que más me llamó la atención fue la figura de José vendido por sus hermanos y me gustaba la historia de José. Aquí Dios a través de mis padres iba poniendo los cimientos de mi vida. Cuando yo tenía unos 9 años mis padres conocieron el Camino Neocatecumenal, hicieron las catequesis y comenzaron a caminar con su Comunidad. Yo ví cómo desde entonces había cambiado la vida de mis padres y para mí su comunidad era mi familia. Empezamos los sábados a leer en casa las lecturas de la misa del domingo, y mis padres nos preguntaban qué nos querían decir las lecturas, entonces fue cuando descubrí que en la Biblia no sólo eran historias bonitas y personajes que yo admiraba, sino que era la misma Palabra de Dios que hablaba a mi vida. Yo también hice las catequesis a los 13 años muy ilusionada, porque yo también quería que Dios llevara mi vida, y quería encontrarme con el Jesucristo que había transformado la vida de mis padres.

Para mí han sido muy importantes los encuentros del Papa con los jóvenes, momentos de ir abriendo de par en par las puertas a Cristo. Mi primer encuentro fue en 1995 en Loreto al cual siguió un encuentro con Kiko el iniciador del Camino Neocatecumenal, en el que pidió vocaciones para la vida contemplativa, entonces me pareció sentir la llamada de Dios, pero pensé que sería para la itinerancia y como para eso no pedía no me levanté. Esto lo dije en el autobús en el viaje de vuelta cuando di mi experiencia, y la Palabra de Dios que me salió como respuesta fue en la que Jesús envía a los discípulos de dos en dos y ahí quedó la cosa, yo supuse que ya sabía mi vocación, pero que era bastante joven (16 años) y en unos años ya me lo confirmaría más claramente el Señor. Desde entonces he ido notando cómo Dios me ha ido seduciendo a lo largo de mi vida y dando señales de que me quería para El. Desde 1997 había momentos en que sentía que Dios me llamaba a la vida contemplativa en clausura, cuando lo empecé a intuir con más intensidad fue en París, en el encuentro del Papa con los jóvenes, durante la peregrinación íbamos leyendo a santa Teresita de Lixieux, y a mí me tocó mucho, me llamó la atención que fue Patrona de la Misiones sin salir del convento y empecé a temer que a eso me llamaba el Señor, pero también pensé que eran bobadas mías, como no me gustaba mucho estudiar imaginé que lo mismo me lo planteaba como escape, para huir de los estudios que no me agradaban nada, pensaba que si se cumpliera mi sueño que era entrar en el ejército seguro que no me volvería a plantear la vocación contemplativa, durante los años posteriores me seguía rondando la llamada, pero no estaba completamente segura y además me asustaba, de hecho una hermana de mi comunidad ingresó en un monasterio de clausura como clarisa y la primera vez que la fui a ver me tuve que salir del locutorio, porque nunca antes había estado en uno y me impresionó tanto que no lo soporté, me parecía un pajarito enjaulado.

En diciembre de 1999 Dios permite que mi sueño se haga realidad y entro a formar parte de las Fuerzas Armadas Profesionales, en la Compañía de Puentes, me encanta mi trabajo, estoy muy bien con los mandos, tengo un buen expediente, ellos confían en mí, me llevo muy bien con mis compañeros, mi deseo es quedarme de permanente, siempre soldado, pues amo mi trabajo pero no todo va bien pues sigo sintiendo la llamada del Señor y cada vez la cosa está más clara, pero yo me resisto a hacerla caso y como no estoy segura del todo o no quiero estarlo le pongo trabas a Dios, me alejo de Él, sigo en la Comunidad y yendo a las celebraciones e incluso rezando Laudes, pero cerrada a lo que Dios tuviera que decirme, sostuve una fuerte lucha porque quería hacer la voluntad de Dios pero que coincidiera con la mía y estaba empeñada en que El aceptara mi voluntad, pero no parecía que Él estuviera por la labor y como había experimentado el amor de Dios en mi vida y que sólo haciendo su voluntad se es feliz, pues al final puedo decir como Jacob que luché con Dios y Él me venció.

A finales del 2002 marché de misión a Kosovo durante seis meses y allí descubrí la oración y Las Confesiones de san Agustín me ayudaron mucho. Mi madre me repetía constantemente que lo tenía que leer y siempre había creído que su insistencia venía por mi parecido a san Agustín, porque él había sido un “viva la vida” tremendo y se convirtió y mi sorpresa fue que se convirtió gracias a las oraciones de su madre, santa Mónica, entonces empecé a sospechar que no era que yo me pareciera mucho a san Agustín, sino mi madre a santa Mónica. Con santa Mónica descubrí el valor de la oración que aunque a nosotros nos parezca que no, Dios siempre escucha, Él escucha y cuando quiere actúa. En Kosovo fue donde descubrí que toda mi vida era un don de Dios y que todo sucede para el bien de los que Dios ama. En Kosovo alejada de mi casa, de mis amigos descubrí cómo se puede perdonar, cómo se puede vivir en el amor, vi la misericordia de Dios. A mí de Dios me pueden decir lo que quieran pero no que Dios no existe, porque yo lo he vivido y no puedo negarlo. Allí comprendí que para cambiar el mundo primero tenía que cambiar yo, no sólo entendí la importancia de orar por los demás, sino sentí que oraban por mí, porque me salía el disculpar, veía a la gente de otra manera, más con los ojos de Dios. Los niños de la comunidad en las celebraciones pedía por mí y esa oración yo la sentía allí. Allí puedo decir que mi vida se hizo oración.

En la Vigilia Pascual del 2005 yo me quedé en la lectura de Abraham, cuando va a sacrificar a su hijo Isaac, en que los criados se quedan cuidando los asnos y ahí me quedé yo cuidando al burro y claro no resucité, el Domingo por la noche me sentía mal y pedí una Palabra al Señor que estaba dispuesta a hacer su voluntad y al abrir la Biblia me salió la lectura de la incredulidad de santo Tomás y no sé porqué lo tuve claro, verdaderamente el Señor me estaba llamando a la vida contemplativa. Él me dijo no sea incrédula sino creyente, pues yo realmente era una incrédula, ya que huía de su voluntad, porque en el fondo pensaba que Dios no me podía hacer feliz, no entendía cómo se podía ser feliz en la clausura, precisamente el sábado siguiente mientras celebrábamos la Eucaristía del Domingo de la Divina Misericordia, en que se proclamaba este mismo Evangelio, falleció Juan Pablo II que tan importante ha sido en mi camino vocacional, pues él decía “¡merece la pena dar la vida por Cristo! ¡No tengáis miedo de abrir las puertas a Cristo de par en par!”. Ya cuando Benedicto XVI en su primera homilía dijo: “¡No tengáis miedo de abrir las puertas a Cristo que Dios no quita nada lo da todo!” comprendí que era lo que me pasaba, que en el fondo

pensaba que Dios me quería quitar y no me daba cuenta de cuánto era lo que me quería dar. Ahora ya lo tenía claro, en mi cabeza no dejaba de martillearme el ¡No tengáis miedo! Ya no podía seguir huyendo, tenía que hacerle frente a la llamada y elegir.

Cuando fuimos a Holanda a evangelizar para invitar a los holandeses a ir al encuentro con Benedicto XVI en Colonia me pasé toda la peregrinación pidiendo a Dios que me diera valor, que se hiciese solamente su voluntad, que yo estaba aterrada que diese Él el paso por mí y Dios escuchó mi oración y me dio valor para responder a su llamada no fui consciente de que me había levantado hasta que no estaba cruzando el estado del Amnterdam Arenas que fue donde tuvimos el encuentro con Kiko Argüello y me empecé a decir ¡qué he hecho, lo he hecho! Y ¿ahora qué? Era lo único que se me pasaba por la cabeza. En el autobús me mandaron dar las experiencia y José Carlos mi catequista me dijo que tenía que decirlo en el cuartel, casi me da algo, me pasé todo el viaje de vuelta llorando, me entró verdadero pánico, no quería llegar a Salamanca, porque tendría que enfrentarme a la realidad, de que mi vida acaba de dar un cambio completo y encima lo tenía que decir en el cuartel, sin ni siquiera saber ni cuando, ni dónde me iba a ir y así de repente, sin nunca haber dicho nada allí de la vocación, pero el Señor me ayudó y en cuanto se lo dije a la primera compañera sólo deseaba contárselo a todo el mundo, quería compartir mi alegría y que la gente supiera lo grande que es Dios y cuántísimo nos ama. Curiosamente en el 2005 el Señor me volvió a dar la misma palabra que en Loreto, fui a anunciar el Evangelio por las casas de dos en dos, precisamente cuando he cumplido aquella Palabra que el Señor me dio, ha sido cuando lo he tenido claro y he respondido, en verdad, nada sucede por casualidad y es una preciosidad ver cómo Dios lleva nuestra historia y cómo siempre está presente, sólo tenemos que dejarle hacer.

El Señor se encargó de mostrarme el sitio, hace seis años un día como hoy y en una celebración como esta, estas hermanas mías me invitaron a venir a contar mi experiencia vocacional, y ya aproveché para hacer una experiencia de vida con ellas. Fue solo un fin de semana, lo suficiente para darme cuenta de que aquí me llamaba el Señor, no obstante para confirmarlo quedé en hacer una experiencia más larga en agosto. Ahora echo mano de mi diario. Esto sucede el día antes de venir a la experiencia: “Tengo miedo mañana iré al convento de las Franciscas Descalzas a hacer una experiencia durante quince días, me siento mal, tengo ganas de llorar, sé que es muy serio y crucial y cada vez veo más cercano el momento de dejarlo todo, ya nada volverá a ser igual y tampoco voy a poder mirar atrás, me cuesta horrores renunciar a mi familia, a mis amigas, a mi trabajo, a todo lo que tiene una persona normal, sé que tengo que tirar para adelante porque Cristo es el camino, la verdad y la vida”.

A los dos días: “hay momentos en que tengo que hacer esfuerzos para que no me vean llorar, pero es lo único que me apetece. Me veo incapaz de renunciar a todo lo que quiero y no es que me encuentre mal aquí, es por lo que implica ¿porqué tendrá que existir la clausura? No lo entiendo ¡qué forma de aislarse del mundo! Pienso que hay que ser capaz de amar a Dios y dar testimonio de El en el mundo y no aislándose del mundo.”

Al tercer día: “al final estallé. Esta mañana en el noviciado sor M^a Sonia me estaba leyendo los Estatutos y cuando hizo referencia al postulante que la duración era de un año para adaptarse al cambio de la vida, de la vida de la calle al convento, porque es un cambio muy duro. Yo ya me eché a llorar no pude reprimir más mis lágrimas y ya le conté todo a sor M^a Sonia. Pero no por casualidad comenzaba ese día la novena a santa Clara y nos celebró la misa Alfredo y ¡vaya homilía! Me hizo redescubrir mi vocación y para colmo nos habló de una lectura que no se leyó, que le había llamado la atención ¡la santo Tomás! que ha sido muy importante para él, precisamente la lectura que a mí me marcó, donde tuve clara mi vocación. El que Alfredo hablara de esa lectura me confirmó que el Señor me quería aquí ya sólo le pedía al Señor ‘átame, átame fuerte padre mío que yo no me resista al igual que Isaac a Abraham’ el Señor me ha tratado con mucha ternura, me ha dicho ‘con amor eterno te quiero y me ha dicho que no tenga miedo que Él sale garante por mí’ ¿acaso hay mejor garantía que Dios mismo? Lo he comprendido todo, Jesucristo es el camino, la verdad y la vida, Él es el que me lo garantiza ya sin ninguna duda sé que mi sitio es este. Y pude disfrutar con alegría y paz el resto de los días.”

Nada más salir de la experiencia el Señor me regaló el poder asistir a la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, cuyo lema era “Hemos venido a adorarlo” y nos decía el Papa Benedicto XVI que los Magos después volvieron por otro camino, porque el encuentro con Jesucristo te transforma la vida y eso me pasaba a mí e hice yo, ‘fui le adoré y volví por otro camino para seguir adorándole’ pues ingresé en este Monasterio el 2 de octubre del 2005 justo a los seis meses del fallecimiento de Juan Pablo II.

La primera semana tuve momentos durillos en los que dudé seriamente de la vocación, sobretodo alguna mañana cuando me levantaba y en el coro en Laudes lo pasaba bastante mal, porque pensaba que la clausura no era para mí ni yo para la clausura, no veía que Dios quisiera que nadie se metiera de clausura porque tenemos que estar en el mundo sin ser del mundo y no aislándonos del mundo veía más necesario anunciar y dar testimonio en la calle que en silencio y en oración entre cuatro paredes, yo sabía que era el demonio el que me tentaba, la mañana que peor lo estaba pasando precisamente se proclamó el Evangelio en el que dice “que cuando el demonio ve limpia la casa se va, pero luego vuelve con otros siete y más fuertes” y vi que era lo que me estaba pasando a mí y el Señor me dio seguridad y vi que realmente me ha llamado para consagrarme plenamente a El, toda suya aunque a veces no lo entienda, sé que voy a tener muchos momentos de combate y lo que tengo que hacer es abrazar la cruz de Cristo, rezar y alabarle con más fuerza y saldré fortalecida. Lo que más me angustiaba esa primera semana era el pensar en mi familia, lo que estarían sufriendo por mí, lo que me echarían de menos, pero aunque les haya costado a mí también me ha costado el rompimiento, la renuncia, ellos ahora están contentos de verme a mí feliz y yo me alegro pues no quiero que piensen en mí con nostalgia, tristeza, sino felices de que esté haciendo la voluntad de Dios que es lo que me han enseñado, la herencia que me han dejado en vida y qué mejor herencia que la fe.

Doy gracias a Dios ¿Por que cómo no reconocer que mi vocación es un don de Dios? Que me la ha dado en su infinita misericordia, ¿cómo no salirme el

agradecimiento si me ha llamado a lo más grande aquí en la tierra? ¿me ha llamado a ser su Esposa! Y en esta preciosidad de carisma ¡el de las Clarisas! Viviendo en castidad, sin nada propio, en obediencia y en clausura y en la alegría de la fraternidad, siendo un solo corazón y una sola alma con mis hermanas, como decía nuestra Madre santa Clara ¡Gracias, Señor por el don de las hermanas! Este tiempo ha sido una escuela para mí en la que he ido descubriendo cómo santa Clara vivía arraigada y edificada en Cristo y firme en la fe, cuando pienso en ella se me hace presente la lectura de Jeremías “bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza: será un árbol plantado junto al agua, que junto a la corriente echa raíces, cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde, en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto.” Y así vivo yo con esta confianza en el Señor y la alegría de que Él siempre está, y me habla a través de su Palabra: en la liturgia, en la Eucaristía, la Adoración y en todos los acontecimientos de la vida. En cada instante descubro su amor, vivo segura y tranquila porque sé que no me falta nada ya que Dios me lo da todo. En medio de la cruz de la enfermedad he aprendido a contemplar a Jesús con los ojos de María y también a contemplar a María junto a Jesús y ahí tengo la respuesta a todo. Lo que verdaderamente me ha movido hoy a dar mi testimonio, es la oportunidad de agradecer el Adviento que me habéis regalado este año, para mí ha sido un tiempo de alegría porque he visto la estrella que se ha puesto sobre nosotros en este mundo que se ha alejado de Dios, yo siento que se inicia una nueva primavera de la Iglesia, llevo un tiempo convencida de ello, cuando me preparaba para la venida de la Cruz de los Jóvenes, yo vivía en esa esperanza y veo los brotes tan preciosos que me llenan de alegría, he vivido este Adviento contemplado la acogida del Niño Dios, este Niño Dios que viene continuamente a nosotros, el Emmanuel y en el que parece el mundo decirle NO HAY POSADA (en mayúsculas), el Señor me ha permitido experimentar “quien acoge a uno de estos me acoge a mí”, así me he sentido yo, cómo vosotros habéis abierto vuestro corazón al Niño que os ha hecho volcaros conmigo en mi enfermedad-operación y convalecencia con vuestras oraciones y vuestra cercanía cariñosa, cada uno me dabais de lo que teníais. No dejo de dar gracias a Dios por vosotros y a vosotros también os las doy, pues cierto que hoy es la Jornada Pro Orantibus en la que la Iglesia reza por nosotras, pero yo siento que para vosotros Pro Orantibus es todos los días. Gracias y que Dios os bendiga.

Ya para terminar sólo deciros que vivo enamorada de Jesucristo, su Iglesia, la comunión de los Santos y de toda la humanidad. Realmente merece la pena abrir las puertas a Cristo porque Dios no quita nada y lo da todo. Tened presentes las palabras de Jesús: “mis planes no son vuestros planes”. Dios permitió que se hiciera realidad cumplir mis planes, mi sueño, y cuando he pasado a realizar los suyos, ha hacer su voluntad ha sido cuando he podido descubrir, que Dios está hasta por encima de mis sueños. Y como me dijo mi padre antes de entrar “sueña, hija, sueña y te quedarás corta”. Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad.